

¿ HACIA UN CRISTIANISMO DE MASAS ?

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

FRANCIA es el país de las inquietudes intelectuales. Por eso, a las puertas de la cuarta sesión conciliar se acaba de producir un ruidoso «escándalo». El padre Jean Daniélou, S. J., acaba de lanzar un libro que ha producido una gran sensación en los medios católicos y no católicos. El título ya es propicio a la discusión, porque el libro se llama: «La Oración, problema político».

Las polémicas no se han hecho esperar. Un dominico muy conocido por sus ideas avanzadas, el padre Liégé, O. P., ha discutido ampliamente con el padre Daniélou sobre estas opiniones suyas, tan sorprendentes en el ambiente católico francés.

Aquí, en España, se le tenía equivocadamente al padre Daniélou por un hombre avanzado; pero la verdad es que siempre ha estado en contacto con los católicos de ideas religiosamente conservadoras, y escribía en los periódicos y revistas más moderados, como son «La France Catholique» o «L'Homme Nouveau».

Ser inteligente, al escribir un libro o un artículo, no es lo mismo que ser profundo. Y eso le pasa al padre Daniélou, que escribe inteligentemente, pero le falta profundidad. Y este juicio se evidencia con el último libro escrito por él.

Por ser inteligente dice muchas cosas que pueden ser aceptadas por cualquiera que piense sinceramente en los problemas actuales que tiene el cristianismo. Pero las soluciones propuestas, generalmente no convencen, porque se quedan a mitad de camino y son excesivamente simplistas.

En el siglo pasado, el más profundo pensador del catolicismo, el cardenal Newman, afirmó que el cristianismo siempre sería de minorías; pero muchos le entendieron mal, y creyeron que de lo que se trataba era de hacer un cristianismo para intelectuales, conservado en pequeños cenáculos, cuando lo que decía Newman era otra cosa mucho más profunda: que el cristianismo no sería comprendido y vivido en toda su exigencia nada más que por unos pocos, y que el resto se encontraría muy alejado del mismo porque «la religión de la multitud... siempre está coloreada de fanatismo y superstición, mientras los hombres sean lo que son». Y esto es una comprobación constante dentro del propio catolicismo. Vemos cómo la tendencia hacia la superstición en algunas prácticas populares, o la intolerancia respecto a las personas que no piensan como ellos, está todavía bastante difundida. En realidad, es porque quizá se exige un cristianismo demasiado aquilataado para la masa, en vez de limitarse a una exigencia más sencilla, que sería mejor interpretada por el pueblo.

Voy a explicar un poco la opinión que yo tengo sobre el particular, y que está en línea parecida a la de Newman y a la de teólogos actuales como Rahner, S. J., Schillebeex, O. P., Liégé, O. P., y monseñor Blomjous.

L cardenal arzobispo de Malinas-Bruselas, monseñor Suenens, dijo el 7 de noviembre, en el Concilio, algo alarmante: que «la proporción de cristianos disminuye sin cesar, en relación con la población total del globo».

Años antes había dicho el teólogo alemán Rahner que «el cristianismo está en situación de "diáspora"... y se puede decir... que este proceso se va a intensificar más».

Todos vemos en el mundo occidental un movimiento de alejamiento del cristianismo, que alarma a los dirigentes de todas las Iglesias cristianas. Esa es la causa de que los teólogos se planteen este fenómeno, y lo analicen a la luz de la historia del cristianismo, sobre todo estudiando lo que ocurrió en la Edad Media. Quienes hemos vivido antes de nuestra guerra civil, todavía recordamos los ingenuos romanticismos de un Belloc, o un Chesterton, describiéndonos esa época como algo ideal, que debíamos añorar. Pero el escritor católico austriaco Friedrich Heer se ha encargado de desengañarnos; su conclusión respecto al significado cristianismo de la Edad Media es pesimista: «propiamente hablando, nunca ha habido en Europa un cris-

tianismo amplio, vivo y fecundo». La propiedad, en aquella época, era más un derecho romano «utiendi et abutendi», que otra cosa. Lo mismo que el concepto de autoridad dominante.

Este nuevo realismo, al enfocar la Historia y al estudiar la actualidad, es lo que ha producido las reacciones de pensadores como Rahner, previendo un futuro para el cristianismo menos amplio y triunfalista, y más recogido. No creamos por eso, sin embargo, que la Iglesia, manifestada en la fe de estos pequeños grupos cristianos, dejará de tener una gran misión en el porvenir, porque la Iglesia tiene como misión también ser luz y levadura de la sociedad, dando un testimonio que ayuda a «humanizar la vida social del hombre, suscitar en todos los hombres el sentido de la responsabilidad personal, y promover un orden social que peque menos gravemente contra la justicia de Dios» (monseñor Blomjous, arzobispo de Mwanza, Tanganika).

No se trata de conservar y estimular a todo trance, incluso con falta de respeto a la decisión personal, toda suerte de prácticas exteriores de carácter religioso, que no tienen significado para mucha gente. De lo que se trata es de hacer lo mismo que hacían los cristianos de los primeros siglos: quienes se acercaban a las comunidades cristianas recibían una formación en las ideas básicas del Evangelio, predicándoles una religión del amor entre los hombres; pero se reservaba la formación, en todos los dogmas y sacramentos, al momento en que se estaba en suficiente disposición para aceptar toda la responsabilidad y sentido misterioso de la religión católica. A veces pasaba mucho tiempo, y en ocasiones casi toda la vida. Por eso, entre el año 100 y el año 250, después de Jesucristo, «el bautismo de los niños... debió practicarse poco, pues sabemos que la mayor parte de los neófitos eran adultos. Así se explica que Tertuliano, todavía en su tiempo, se opusiera a esta práctica, según él decía, por falta de instrucción y conocimiento» (padre Llorca, S. J.). ¿No estaremos ahora en una situación parecida en el mundo occidental? ¿No tendremos que ser, en el futuro, mucho más severos en la admisión a recibir los sacramentos del bautismo y del matrimonio, cuando se pidan preferentemente por razones sociológicas, más que por razones cristianas? Hay bastante gente que considera una costumbre socialmente adecuada el bautizar a sus hijos o el casarse por la Iglesia; pero, ¿cuántos lo hacen por una decisión religiosa? Este es el problema que plantea la teología católica actual, y que Daniélou resuelve de un plumazo diciendo que hay que fomentar este cristianismo sociológico; y otros autores, en cambio, se inclinan por un cristianismo que sea más personal y consciente.

Pero Daniélou ataca a sus contradictores con razones bien poco convincentes, creyendo que propugnan un abandono total de las masas, cuando, en realidad, lo que se pide es una difusión de los principios básicos del Evangelio, como es el principio del amor, en vez de una indiscriminada difusión de los signos sagrados, como si nos encontrásemos obligados a una fabricación puramente cuantitativa de cristianos. Pensamos que los ritos sagrados nunca son algo mágico, sino algo que tiene que contar con la fe personal del que los recibe o de quienes tienen su responsabilidad cuando son niños. Y esto mismo le han dicho a Daniélou algunos representantes de Hispanoamérica, que le recordaron la tentativa vana, ensayada por ellos, de una pastoral sacramental de masas, exponente de una «cristiandad» al estilo medieval, que algunos añoran excesivamente, pero sin éxito.

SIN embargo, este jesuita es lo suficientemente inteligente como para matizar muchas de sus afirmaciones. Por eso, aunque él defienda esta difusión demasiado indiscriminada de los ritos sagrados, no importándole que sean deformados y poco valorados por muchos de quienes los reciben, nunca mantiene una postura cerrada ante los que están

fuera del catolicismo. Al contrario, como valora mucho el sentido religioso en el hombre, piensa que todos los Estados deben reconocer la plena libertad religiosa, no sólo de los individuos, sino de las comunidades existentes en cuanto grupos sociales. Y cree que esto se desprende del derecho natural que tiene todo hombre a que sea respetada su decisión religiosa.

Algunas veces me pregunto si entre la masa de quienes van a Misa, en los países de tradición católica como el nuestro, que han aceptado tan rápidamente las reformas litúrgicas, será quizá porque, en el fondo, les importa poco la liturgia misma, y, en cambio, prefieren devociones puramente populares, como una novena o unos cánticos a su patrona, o al santo de la localidad. Son gente que muchas veces se interesan más en ir al lugar de las apariciones, dudosamente ortodoxas —como ha ocurrido recientemente en Santander—, de unos niños que se duda si son históricos, que vivir de los conceptos y valores de la oración de la Iglesia, manifestada en la Misa y en los sacramentos.

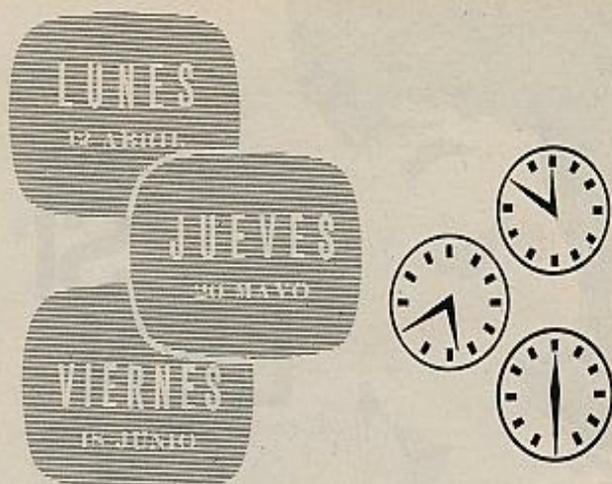
No quiero decir con esto que deje de haber bastante gente, entre el pueblo católico, sin cultura y sin gran inteligencia, pero que, al mismo tiempo, poseen un verdadero sentido religioso y católico. Pero me parece a mí, igual que al cardenal Newman, que ésta será siempre una minoría, entre la masa de los que mezclan la religión y la superstición. Minoría que, como se ve, nada tiene que ver con un cenáculo para intelectuales. En esta minoría habrá de todo: intelectuales y poco cultos.

Nosotros, sin embargo, tenemos que hacer todo lo que esté en nuestra mano para difundir lo más posible el mensaje de amor entre todos los hombres, que trajo Jesucristo al mundo; y aceptar sólo a aquel que quiera vivir integralmente la vida religiosa del catolicismo, en sus prácticas sacramentales y litúrgicas, distinguiendo muy bien entre quienes desearan practicar estos ritos por motivos religiosos personales de convicción, y quienes únicamente los quieran practicar por rutina o conveniencia social, que nunca serían miembros de la comunidad ni se les admitiría a los sacramentos tampoco. Esta nueva concepción —tan contraria a la liturgia sacramental de masas— ha sido ensayada con excelentes resultados en París, en la parroquia de Saint Severin; y ahora ha tenido éxito trasplantada al deschristianizado barrio de Montmartre, que sólo tenía antes la anticuada parroquia del Sacré-Coeur.

P IENSA Daniélou, y en esto tiene toda la razón, que el arte puede y debe ser el vehículo adecuado para que lo sagrado pueda llegar lo más posible a la masa de los hombres. Por eso es necesario que los católicos vivan profundamente los problemas del arte actual; y en el cine, la pintura, el teatro o la música se ahonde en el misterio religioso de todo hombre, superando la etapa de un arte desencarnado y descarnado, que no es sino el reflejo de la fría técnica de nuestros tiempos. De los grandes artistas actuales se sacarán nuevos signos que ayuden a una valoración de lo religioso, que pueda ser comprendida por el mayor número posible de hombres de nuestro tiempo; pero, aunque hagamos este esfuerzo, nunca pensemos ingenuamente que van a ser muchos quienes vivan el catolicismo con cierta pureza.

El padre Daniélou piensa que del cine se pueden sacar signos y significados que podrían ser posibles instrumentos de expresión para lo religioso. «Es cierto —dice— que el cine moderno con Bergman o Buñuel es algo distinto de una simple descripción, porque confronta al hombre con situaciones límites de soledad, cautiverio o desesperación. Presenta situaciones humanas abiertas a una significación... Y aunque no aporten la significación misma, porque permanecen ambiguos, no por eso dejan de crear un universo de símbolos que están a nuestra disposición. Y recordemos que estos signos, que se desprenden del arte contemporáneo, tienen mucha semejanza con las situaciones que son tema constante en la Biblia». Por ejemplo, la angustia de los israelitas saliendo de Egipto; o el drama de la unión de Dios con este pueblo infiel, descrita con imágenes tomadas del amor humano, expresadas en el tema de la fidelidad y la ruptura; el aparente absurdo del sufrimiento, llevado hasta el límite en el libro de Job; o la crítica de las injusticias de los hombres, y de los dirigentes del pueblo de Israel, descrita patéticamente por los profetas como Isaías o Amós.

En vísperas del Concilio, estos temas debían apasionar mucho más a los católicos, creando una verdadera opinión pública en la Iglesia, como pidió Pío XII insistentemente, respetando las opiniones divergentes que surgen de una misma inquietud religiosa, aunque sea comprendida de distinta manera por unos y por otros. Cosa, esta última, que ahora no ha hecho Daniélou porque, con bastante poca elegancia, se dedica —en una entrevista periodística— a atacar a los teólogos del Concilio, como Rahner y Schillebecks, a quienes con palabras llenas de eufemismos, sin embargo, en el fondo, les llama irresponsables.



DEJESE
GUIAR
POR

TELE
GUIA

SI PIENSA
EN TV

LOS
PROGRAMAS
DE LA
SEMANA
EN LA
REVISTA
DE
TELEVISION

COMPRE

TELE
GUIA